

TERCERA PARTE.

Guardaos de creer, católicos, al oírme hablar de una restauración social, que yo me proponga entrar con vosotros en ese laberinto de teorías presuntuosas y aplicaciones falsas en que se estrelló tantas veces el génio de la política. Tampoco imaginéis que desde esta cátedra, en que predicamos una verdad que no tiene principio, y cuyos fundamentos en sus relaciones prácticas posan en lo infinito, rinda un tributo, ni aun haga un cumplimiento, á eso que los modernos han llamado sistema constitucional, en el sentido de una institución nueva, creada por el hombre en los últimos tiempos. No: fiel á la santa misión que me está cometida, vengo á las grandes verdades, cuyo menosprecio ú olvido ha traído siempre á la sociedad á sus últimas crisis, perpetuado el desorden, y dado nuevos y poderosos impulsos á ese gigante de cien brazos que se llama la Revolución. Yo descorreré el velo que cubre un teatro del exclusivo dominio de la historia, con el objeto de haceros comprender dos sencillas verdades: primera, que la restauración social y política del mundo hubiera sido imposible sin la Cruz; segunda, que la vuelta al paganismo es cosa en extremo fácil de realizarse, abandonando la Cruz.

En todos los tiempos, desde que la sociedad hizo su transición de su estado doméstico á su estado civil, se ha comprendido mas ó menos vagamente, pero siempre de algun modo, que la sociedad es la unidad en un conjunto: porque ni este podría presentar un

objeto comun, si carecia de aquella, ni aquella constituir un todo complejo, si no dominaba la multitud. Mas en aquella transición, católicos, la humanidad en su mayor parte se desbordó por la tierra sin provisiones para la inteligencia y el corazón; y solo aquel pueblo que Dios quiso reservar para sí, á fin de que no pereciese por completo la obra suya, conservó bajo la ley escrita la verdadera forma social. Tenia pues, un Dios y una creencia, un sistema de relaciones en armonía con sus leyes, una Gefatura divina con un ministerio humano. Dios era el Rey, y Moisés su Ministro universal. Pero dejemos esto; porque esto es la obra de Dios, y ahora se trata de la obra del hombre solo, del hombre trabajando sin tregua, pero fuera de Dios y en olvido de su ley; se trata de la sociedad con pretensiones de constituida, con vicisitudes, con balance continuo de fuerzas preponderantes ó sometidas, en una palabra se trata de la sociedad gentil.

Vedla, católicos: contemplad ese cuadro: observad una por una sus deformidades inmensas; y notad la espantosa armonía, el horrible paralelismo que con ellas guardan sus lastimosas crisis. ¿Veis esa mayoría incontable, cargada de cadenas, esclavizada en todas sus partes, y sin libertad mas que para servir á los caprichos y á los deleites brutales de una minoría insolente y sensual? ¿Veis la ferocidad con que á una señal, y sin que sirvan de obstáculo, ni aun los vínculos mas íntimos de la naturaleza, se lanzan, á una voz dada, pueblos enteros á los circos y á los anfiteatros para divertir los ócios de los Césares, matándose en su presencia? ¿Veis esas inmolaciones, aquí sacrílegas, allí domésticas, y siempre sociales, del pudor al placer de los impostores y de los magnates? ¿Veis ese tráfico infame que fija los destinos de la mujer esclavizándola en el matrimonio y prostituyéndola en el pueblo? ¿Veis esos códigos de la esclavitud, que no satisfechos con envilecer, llegan al extremo de suprimir al esclavo de la categoría de los seres? ¿Veis esas alternativas constantes de las masas, que obran á nombre de la soberanía popular, y los tiranos, que las subyugan y dominan con el sangriento derecho de la espada? ¿Veis esas legislaciones mónstruos, donde los crímenes suben á la categoría de los derechos, y los mas descarados vicios usurpan en la vida los tributos de la virtud, y reciben en la muerte los honores del apoteosis? ¿Veis cómo concurren y se asocian en el curso de tantos siglos, como dos buenas hermanas,

una razon que todo lo diviniza, y una voluntad que todo lo prostituye? ¿Veis... ¿Pero á dónde voy, católicos?

Basta. ¡Qué cuadro! ¡qué historia! ¡qué portento de abominacion y de infamia! ¡qué conjunto tan espantoso y tan ridículo al mismo tiempo! ¡qué contraste entre el esplendor de los talentos, y la muchedumbre de los errores; entre los arranques atrevidos del genio, y las últimas miserias de una humanidad envilecida! ¡Ah católicos! Todos los ensayos y esperiencias se habian hecho. Todas las hipótesis, comenzando por las mas plausibles y concluyendo por las mas absurdas, habian pasado su revista, desde Thales de Mileto hasta el compilador de Túsculo en las escuelas filosóficas. Todas las máximas que podian deberse á una razon desprovista de toda luz sobrenatural, habian sido inculcadas por los moralistas; por muchas y diversas combinaciones habian pasado los antiguos códigos; y ninguna forma habia dejado de tomar la sociedad civil.

En todo se habia pensado; sobre todo se habia discurrido: héroicos fueron los esfuerzos de la antigüedad, é imponderable su solícitud en todas líneas; y sin embargo, al cabo de tantos siglos, y de tan portentosa labor, y de un incesante movimiento ¿qué veis, católicos, en las sociedades que precedieron al cristianismo? Abundancia de todo para el error y para el mal; universal penúria para la verdad y para el bien. Creencias sin símbolo, moral sin código, legislacion sin justicia, sociedad sin relaciones, sin sentimientos, sin vocacion comun; gobierno sin estabilidad, pueblos sin garantías; crímenes, desastres y ruina por donde quiera: hé aquí todo.

Ni podia ser de otra manera, católicos: al politeísmo corresponde la anarquía; á la anarquía religiosa el ateísmo filosófico; al ateísmo filosófico el desconcierto social; al desconcierto social, la muerte política.

Hé aquí adonde llegó el hombre independido del cielo, lo que fué la sociedad en los tiempos del paganismo, y lo que hubiera sido despues, si una voz desprendida de esa Cruz, no la hubiera contenido en su mortal carrera con este grito de salvacion: Detente que vas á perecer; has perdido la senda, estás á oscuras, y la gangrena te corroe por todas partes. Detente, y ven á mí que yo soy el camino, la verdad y la vida.

Elocuente sin duda y altamente persuasivo, católicos, era este

lenguaje desprendido de la Cruz en los momentos en que el Hijo de Dios, ya para exhalar el último suspiro, dijo que todo estaba consumado: *Consumatum est*, y mas que suficiente, para llevar á todos los pueblos con esta palabra el anuncio de la próxima resurreccion del mundo social bajo el influjo y en el seno del nuevo reino de la Cruz, de la Iglesia Católica, el eco sublime que á esta palabra divina hizo la naturaleza consternada, estremecida de espanto y de dolor, á la vista de aquel tremendo sacrificio. Pero el mundo, profundamente aletargado en el sueño de los placeres, é irresistiblemente cogido por todas las pasiones, era demasiado ciego y carnal para no hacerse sordo al convite de la Cruz, é insensible al llanto de la naturaleza. Sin embargo, al consumarse el sacrificio, se abrieron los sepulcros para dejar el paso libre á los que ya dormian en el polvo, y un hombre aquel de quien menos se esperaba, el mismo que habia abierto con su lanza el costado del Salvador ya difunto, vuelve repentinamente sobre sí, abre sus ojos como si saliera de un profundo letargo, y con estas palabras que se escapan de sus labios á la vista de Jesus crucificado, «verdaderamente que este era Hijo de Dios,» hizo eco al cuadro de toda la naturaleza trastornada, y un eco que pasaria con las generaciones por todos los siglos. Pues bien, católicos, aquellos sepulcros abiertos, y este gentil convertido, fueron una doble profecía que anunciaba desde entónces la resurreccion del gentilismo, y su apresuramiento para rendir á la Cruz las primicias de su amor.

No fué sin embargo fácil, ni menos tranquila, la realizacion de esta profecía; y aquella nueva Jerusalem bañada con los esplendores del Verbo, embriagada en los placeres del triunfo, estática en presencia del siglo de oro que ya empieza á correr; aquella Madre tierna y solícita que arrebatada juntamente por su esperanza y su amor, salva todos los intermedios para no detener sus miradas sino en la perspectiva de un resultado feliz, vé inundados los horizontes por todas partes, y absorta, contempla los pueblos que se apiñan unos sobre otros, como otros tantos hijos suyos, para consolar su esterilidad, recompensar su fe, y dilatar su imperio. Pero estos intermedios, que ella salva con su mirada, están, católicos, henchidos de tropiezos, erizados de espinas, sembrados por todas partes de precipicios y malezas: las nuevas familias vendrian á enjugar las lágrimas de la desolada Jerusalem; pero atra-

vesando en frágiles barquillas, combatidas por todos los vientos, lagos inmensos de lágrimas y sangre.

¿Recordáis, católicos, las terribles escenas por donde pasó la Iglesia en su cuna, desde la iniciación de su reino, hasta la consumación de su triunfo sobre toda la sociedad? ¿Recordáis la espantosa realización de aquel oráculo pronunciado muchos siglos atrás, pintando la agitación de todas las sociedades, el estremecimiento y clamoreo de todas las naciones, la coalición, la rabia y el furor de todos los Príncipes contra el Señor y contra su Cristo; sus tenebrosas maquinaciones para estirpar hasta sus últimas memorias, la conjuración del mundo político y social contra la familia del Gólgota, los millones de brazos armados con el poder y con el hierro contra la Cruz? ¡Ah! hermanos míos, lo recordáis y mucho. ¿Y cómo nó, cuando nos parece todavía fresca la huella de sangre que señala el camino de la Iglesia, desde Neron hasta Constantino; cuando no podemos dar un paso en estos sitios monumentales sin encontrar un recuerdo; y cuando los ríos, y las montañas, y hasta las mismas piedras parecen oponerse al olvido de la lucha más heroica y del triunfo más glorioso? ¡Ah! cuando inaugurada apenas la nueva sociedad que sale de la Cruz vé venir contra sí á los pueblos y los Reyes, y busca un asilo en los sitios inhabitados, ó en los espantosos subterráneos; cuando Roma, la misteriosa Roma, conmovida desde lo más profundo hasta lo más alto por dos fuerzas contrarias, estaba en vísperas de morir para resucitar, y de hacer su tránsito desde el Panteón hasta Letrán; cuando contemplo estos dos pueblos, el uno viviendo á toda luz, con toda libertad, en medio de los placeres, orgulloso con el triunfo que medita contra la Cruz, después de haberla despreciado como una locura; y ese otro pueblo habitante misterioso de las catacumbas, me parece, católicos, presenciar la mina que la caridad pone á la tierra para purificarla inflamándola; y mi alma queda estática viendo agitarse en las entrañas de la tierra por hombres desvalidos, y bajo el hacha de la persecución, el gran pensamiento de cambiar la faz de toda la sociedad antigua, sometida por último, después de tres siglos de sangre, al suave pero irresistible poder de la Cruz.

Así sucedió: la doctrina y la paciencia, es decir, el Evangelio y la Cruz, rindieron su jornada; la rindieron.... ¿Y cómo, católicos?

¿Veis ese signo sagrado que posa con majestad sobre las moradas augustas del Rey del mundo? Es la Cruz triunfante en el Palacio de Constantino convertido. ¿Veis ese anciano, sentado en el trono de su Basílica esperar al gran monarca que se postra á sus pies para pedirle el bautismo? Es Silvestre, el Papa elegido por Dios para representar el tránsito de su Iglesia desde las tinieblas de una mansión penosa hasta la plenitud de su inauguración social.

Ya desde entonces la nueva institución aparece con majestad en toda la tierra: empiezan á caer los templos de los ídolos, á levantarse suntuosas Basílicas á la Víctima del Calvario, y á tremolar donde quiera la gloriosa enseña del cristianismo. Un paso más: ved en Nicea reunida la Iglesia en un concilio Eucuménico, por la primera vez bajo la protección y con el acatamiento del César, dando una segunda, y más solemne, y más explícita promulgación á los artículos de la fé, y anunciando la unidad de Dios á un mundo que acababa de salir del politeísmo.

Deteneos aquí, católicos, para contemplar el estado de la sociedad en consecuencia de este cambio. Todo está transformado: todo ha vuelto á la vida; todo crece á la sombra de la Cruz. La familia sacude todos sus grillos, pues la mujer recobra su dignidad, el marido se somete al código cristiano, y los hijos representan los dulces lazos de la Religión y de la naturaleza bajo el techo doméstico. Esta institución honrada por Jesucristo en las bodas de Caná y restaurada por su sangre, es el objeto de la más tierna solicitud; y Pablo levantando la sociedad doméstica á la altura de su celo y de su genio, parece al mismo tiempo el legislador de los esposos, el ayo de los hijos y domésticos, el Apóstol de la familia. Proclámase y predícase con el ejemplo, el Evangelio de la fraternidad y de la dignidad del hombre, y empiezan á aflojarse las cadenas del esclavo. Un paso más, y la odiosa definición de esclavo, *non tam viles quam nulli sunt*, quedó borrada como decía un escritor insigne, del código de Roma.

¿Qué os diré, católicos, de todos esos gremios que por espacio de cuarenta siglos habían vivido entre el desprecio, la rabia y animadversión de la sociedad; de los pobres y atribulados, de la familia de Jesucristo? Cubriólos á todos la fraternidad del Evangelio, y se abrieron en favor suyo las arcas del rico y del poderoso.

Ved la sociedad civil: sus elementos, sus relaciones, sus medios

de accion, sus códigos, su magistratura, su gobierno: todo cambia. El príncipe se enaltecó recibiendo del cielo el título de ministro, y aprendió en Jesucristo el arte de servir á sus súbditos. Estos, á su turno, encontraron en la divina ley la última razon de sus deberes, y en la conciencia el primero de sus estímulos para cumplirlos; y el órden, la concordia, la reciprocidad de sentimientos, las mútuas prestaciones, la firmeza y estabilidad del Estado, fuéron la consecuencia y la prueba de una restauracion social obrada por la Cruz.

Pero no os detengáis aquí: abatid las barreras que limitan este cuadro: dilatad vuestra vista por los nuevos horizontes: dad el paso con vuestra memoria y vuestra admiracion, del estado al mundo, de la sociedad civil á la sociedad política, gran cuerpo de todas las naciones constituidas. Ved ese nuevo derecho de gentes, ese derecho consuetudinario que ha creado la civilizacion cristiana; ese respeto del hogar doméstico, de las garantías de la vida y la persona en el estrépito de la guerra; estos retornos á la paz sin los rencores, esta condicion tan diversa del prisionero moderno que ya no tiene que alternar entre la esclavitud y la muerte. Vedlo, estudiadlo, comparadlo con lo que antes habia. ¡Qué diferencial! ¡Qué trasformacion! ¡Qué reforma! ¡Qué portentoso! Pues bien, católicos, todo se explica con la Cruz: todo es obra de ella, y solo por ella se hubo podido cambiar, como al principio decia, la faz política y social de todas las naciones.

Yo bien sé, y Dios sabe el dolor tan profundo que experimento al confesarlo: yo bien sé que ninguno de los siglos cristianos ha dejado de presentar algunas sombras que empañan mas ó menos el brillo de este cuadro: yo bien sé que la accion reparadora de la Cruz, no ha dejado nunca de hallar obstáculos en su marcha: que las mejores instituciones han tenido fuertes antagonismos, como las infalibles doctrinas del Evangelio enconadas luchas que sostener. Sé muy bien que el mundo fué vencido, pero no quedó desarmado; que la iglesia de Jesucristo durante su peregrinacion por la tierra no dejara de ser militante; que la razon y la voluntad en sus estravíos no descansarían jamás; y que esa Cruz, despues de atravesar lagos de sangre, tendria que doménar ante sus augustos concejos, el génio de la heregía, salvando de nuevo la inteligencia, y disipar el aire envenenado de los vicios, restaurando la vida de

la virtud. Sé muy bien que la sociedad moderna ha reproducido mas de una vez, la triste historia del hijo pródigo, y que aun hoy dia se respira el pestilente gas que ha dejado despues de su explosion, para contaminar al mundo, la memorable revolucion francesa. Lo sé, católicos, y el corazon me duele cuando escucho á los oráculos del siglo, volver, como al símbolo de las sociedades, á los llamados principios de 89, y cuando en plena civilizacion se está echando, digámoslo así, la edicion novísima del código de las naciones, formulado todo en la monstruosa doctrina de los hechos consumados. Lo sé, lo sabeis vosotros, lo vemos todos, y altamente lo predica, como el soberano resúmen de todas las falacias y de todas las injusticias, el turbulento pontificado de ese anciano venerable que hoy está sentado en la cátedra de Pedro, y cuyo trono, amenazado por todas partes, ha estado por mas de cinco lustros sufriendo las trepidaciones políticas, venciendo cada dia, sin contar con el siguiente.

¿Y qué se sigue de todo esto, católicos? Una consecuencia terrible, pero estrictamente lógica, una verdad espantosa, capaz por sí sola de hacernos estremecer. Ya os lo he dicho: así como por la Cruz vino el gentilismo á la perfeccion civil y á la unidad política, y á la plena civilizacion, así tambien, volviendo las espaldas á la Cruz, la sociedad tendrá que llegar al paganismo, y por el paganismo á la barbárie. Y cuenta, con que no: se trata de simples hipótesis, de verdades especulativas, no: se trata de lo que ha sucedido ya. El mundo es un ser complejo, y marcha parte por parte, sociedad por sociedad, pueblo por pueblo, al destino que él mismo se prepara con su conducta.

La Africa está tras de vosotros con su historia; y esa historia reune tal tesoro de escarmientos, que no necesitais pasar á la estremidad de la Europa, y deteneros ante el imperio de la Media Luna, ni correr á la Asia é interrogar á sus ruinas, para encontrar los recuerdos de unas sociedades, que saliendo de la nada, fueron conducidas hasta su zenit por la Cruz del Salvador, y que, abandonando la sagrada enseña, se sorprendieron á la hora menos pensada en los abismos de la mas triste abyeccion é ignominiosa barbárie.

Basta. Muy á pesar mio y sin permitirme sino muy sumarias indicaciones, me he detenido notablemente. Pero tal es la impor-

tancia y el interés de actualidad que la materia presenta, que nunca seremos nimios en estudiarla y meditarla. Esa Cruz está al frente de todas las glorias; porque á todas las grandes restauraciones ha presidido. Suya es, por la gracia y el poder infinito del que murió en ella, la luz que dispó el nuevo caos, é hizo volver la razón á la posesión de la verdad en toda la estension de sus objetos, en todas las combinaciones de su economía, en todas las trascendencias prácticas de su acción. Suyo es el fuego activo é inextinguible que ha depurado de todos los humores malignos y de todos los contagios venenosos, el mundo moral, transformándole de pestilente guarida de los vicios en delicioso albergue de todas las virtudes. Suyo es el secreto de esa restauración social, que comenzando en el hogar doméstico, no se ha detenido sino hasta que hubo inaugurado y conducido á su madurez la sociedad política. Los esposos y padres, los hijos y hermanos, los domésticos, todos le deben la paz y la concordia consiguientes á la santificación de la familia: los Estados, su firmeza; los gobiernos y los pueblos sus garantías, los códigos su depuración y su plenitud, las costumbres su regularidad, y el bienestar social su esencia misma. En fin, católicos, ese majestuoso conjunto que presentan las sociedades modernas en sus vínculos, sus relaciones, sus tratados, etc., etc., todo lo deben á la Cruz. Y esta deuda gravita ¡prodigio imponderable! aún sobre las sociedades que están fuera del cristianismo: porque el cristianismo las ha desarmado, y puesto del lado de la civilización, á pesar de no ser creído.

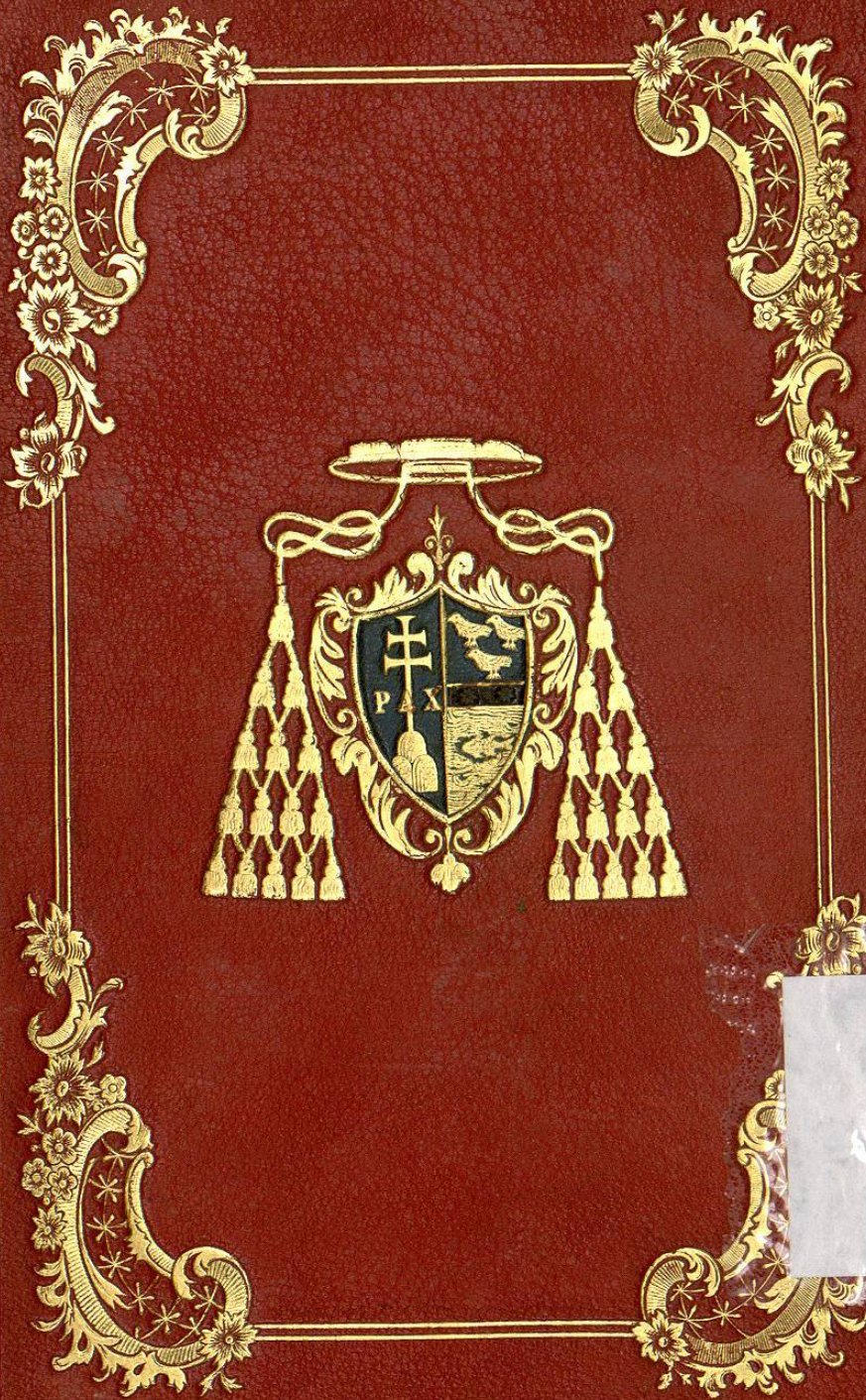
Tal es la influencia de ese madero con sus precedentes, con su historia, y en su marcha. Tal es la omnipotencia de la Cruz.

Volemos pues á ella, católicos, al noble impulso de la fe, y con las alas de la esperanza y del amor. Volemos en espíritu á la sagrada Colina, donde se inaugura juntamente como el primer altar del sacrificio y el trono del mundo restaurado. Pidámos á las criaturas todas, en el cielo y en la tierra, su concurso y su poder, para cantar con nosotros, los gloriosos combates y proclamar á la vista de ese trofeo, la primera y mas noble de todas las victorias, la que ha obtenido, inmolado en esa Cruz, el Redentor del mundo. Cantemos la virtud infinita de ese árbol, escogido entre todas las selvas y montañas, para curar la mortal herida que recibió la humanidad con el fruto del árbol del paraíso. Saludemos

ese madero con un corazón lleno de reconocimiento y amor, á ejemplo del profeta Rey, como el augusto leño desde donde reina el mismo Dios. Saludémosle con toda la Iglesia en presencia del esplendor y belleza que sobre él derramó el Unigénito del Padre, vistiéndole con la púrpura de su sangre, y dignificándole para tocar su sagrado cuerpo. Saludémos embelesados y estáticos ese madero, cuyos brazos pesan los destinos de la humanidad, y tienen suspendido el precio del mundo.

¡Oh Cruz! Yo te saludo con esta Hermandad piadosa, illustre por mil títulos y mas illustre por estar consagrada especialmente á tu culto; yo te saludo con todas las emociones y con todo el arrobamiento de la admiración, de la esperanza y del amor. Y todos reunidos en derredor tuyo cantamos tus glorias, admiramos tu poder, aplaudimos tus triunfos, reconocemos y acatamos tu soberanía, y ponemos al pie de tu trono la barca de Pedro, para que superior á todas las borrascas la lleves á buen puerto; al Santo y atribulado Pontífice que la conduce, para que lo salves del furor de sus enemigos; á todas las naciones católicas, para que las mantengas siempre bajo tu imperio; á los mismos pueblos infieles, para que los conviertas: todas nuestras miserias, para que las remedies; todas nuestras llagas, para que las cures; todos nuestros pecados, para que los laves con la sangre que depositas: nuestra fe, para que la robustezcas; nuestra esperanza, para que la coronas; nuestra caridad, para que la inflames. Y en aquel día, último de todos los días, término de todos los siglos, teatro de la gran catástrofe en que ha de perecer el mundo, en el momento decisivo en que regreses á los cielos cargada de coronas inmortales, haz, ¡oh Cruz!, que todos nosotros, los que hemos venido aquí á celebrar tus triunfos y á dirigirte nuestras plegarias, seamos del número de los que vayan contigo benditos del Hijo para gozar con el Padre y el Espíritu Santo tus preciosos frutos por toda la eternidad.

Así sea.



60